

## APUNTES SOBRE IDENTIDAD CULTURAL: EL CASO ANTIOQUEÑO

*María Teresa Arcila*

Leer los poemas de Jorge Robledo Ortiz(1) por interés antropológico, puede ser una excusa para escribir sobre la identidad cultural. El presente artículo recoge la consideración de que tales poemas pueden brindar algunas pistas importantes sobre el significado de Antioquia como región cultural.

Una vez concluida la lectura, parece indiscutible pensar que los antioqueños son poseedores de una fuerte y bien cimentada imagen de sí mismos. Y al reconocerse como un pueblo campesino lo hacen con profundo orgullo.

Una evidencia tan escueta no podrá dejar de despertar recelo e incomodidad en algunos lectores, sobre todo si se trata de antioqueños de las nuevas generaciones. Sin embargo, antes de intentar cualquier juicio es conveniente detenerse a analizar el contenido de las figuras literarias utilizadas por Robledo Ortiz.

Al pueblo antioqueño lo han conformado una serie de personajes provenientes de vertientes culturales diferentes: el aborigen y el colonizador español, en épocas ya muy lejanas; el minero y el colono de tierras decimonónicas; el campesino y el arriero, en tiempos más recientes. Y todos ellos constituyen pilares fundamentales del mosaico identificador del tipo humano que se ha denominado *paisa*(2). Existe un momento his-

(1) Robledo Ortiz, Jorge. Poesía. Ediciones Académicas. Medellín, 1960.

(2) Cabe preguntarse cuáles son los motivos para que un personaje como el negro, cuya presencia esclava existe en Antioquia desde comienzos de la conquista, haya permanecido ignorado por la cultura.

tórico por excelencia para el antioqueño, que no es otro que la expansión colonizadora del siglo XIX y comienzos del XX, en el cual cobran vida las figuras mencionadas. En esa época, el trabajo y el esfuerzo de mineros, arrieros y campesinos aportaron el germen de lo que hoy son el hombre y la mujer de estas latitudes. Situados en ese contexto puede verse como alguna vez fueron de carne y hueso los monumentos que —revestidos de inconmensurables atributos, bañados en romanticismo y perdidos los perfiles— la literatura folclórica convirtió en lugares comunes, carentes de sentido en el momento presente pues se les ha negado su posibilidad de transformación de acuerdo con las nuevas situaciones históricas.

Resulta importante detenerse en algunos de los elementos con que corrientemente se ha construido la imagen del antioqueño y que resultan perceptibles en la poesía de Robledo Ortiz.

En primer lugar, se manifiesta una fuerte identificación con el medio natural, a través del cual, toman vida los elementos del paisaje. Las montañas, los ríos, las diferentes variedades de árboles y plantas, las horas del día, los minerales, etc. tienen personalidad propia y atributos, producen emociones y caracterizan las regiones y a sus moradores. Antioquia es, por ejemplo, “la montaña”. El río Cauca es un viejo tan cercano a cada antioqueño que ambos tienen entre sí parentesco. El Cauca puede ser padre o abuelo. En segundo lugar, el antioqueño como un pueblo fundamentalmente laborioso y tenaz es el resultado de haberse enfrentado a condiciones naturales difíciles y adversas en las cuales le correspondió vivir. De acuerdo con lo anterior, ha sido el trabajo y particularmente actividades como descuajar montes, abrir surcos, sembrar la tierra y levantar pueblos, es decir, el trabajo campesino lo que ha dado origen a esta sociedad con sus propios atributos.

En la misma forma, las herramientas de trabajo que constituyen figuras literarias recurrentes en estos poemas y en el folclor antioqueño, se integran como elementos de identificación popular altamente apreciados: el hacha del colono, el azadón y el machete campesinos, el trapiche de caña, etc.

En tercer lugar, una larga serie de valores morales han caracterizado durante años al antioqueño. Del indígena, el antioqueño heredó el coraje. Del conquistador español el empuje, la audacia y el amor a la aventura, además de la hidalguía (?) y el temple.

Antioquia ha sido considerada una región donde la independencia y la altivez, acompañados de un sentimiento de seguridad en sus propias capacidades y el autoabastecimiento frente a sus necesidades aparecen como inherentes a ella. Se habla de “un pueblo grande”, “sin fondos ni declives”, “sin dobleces ni claudicaciones”, “invencible”, que no admite imposiciones ni se da por vencida, amante de la libertad (“una raza que odiaba las cadenas”), “una Antioquia grande y altanera”, “un pueblo de hombres libres”, tierra íntegra y sin mácula.

Por su parte, los hombres antioqueños han poseído las principales virtudes de su sexo. Son viriles, valientes, fuertes, trabajadores y honrados. Además alegres, parrandistas, andariegos y locuaces. Las mujeres son resignadas antes que cualquier cosa, sacrificadas pero también puras, dulces y tiernas.

Con todo, el verdadero antioqueño es como el campesino: humilde, elemental y simple. “Tiene el alma buena y la conciencia simple”, “un pueblo campesino de patriarcas” sencillos, mansos y limpios, con respeto profundo por sus ancestros, “los viejos” y las figuras del patriarca y los abuelos.

Existe, para mencionar en cuarto lugar, un elemento fundamental en la obra poética de Robledo Ortiz que de forma muchísimo más compleja ha comenzado a expresarse en la vida cotidiana. Es el reconocimiento de que el antioqueño ya no es igual, y que una crisis muy honda le viene corroyendo. Se ha acabado la alegría.

La pureza, la inocencia y la virginidad de las mujeres ya no existe. Se ha perdido la honradez, y de los hombres va apoderándose la pereza y la molicie que los afemina y produce en ellos blandura y debilidad. Antioquia ya no es tierra de paz.

Un poema muy conocido como “Siquiera se murieron los abuelos” y algunos otros de los últimos años, expresan el dolor y la vergüenza que produce la quiebra de valores reconocidos tradicionalmente como propios, en aquellos antioqueños que aún se conservan como sus antepasados, “en medio de una sociedad agitada por el odio”. Estos poemas fueron escritos en los umbrales de la década del sesenta, cuando aún existían fuertes reductos de la violencia partidista. Esta constituye el nuevo hito histórico de referencia después de la colonización. A partir de ese momento se produce un corte definitivo con la época anterior. Aquélla comienza a formar parte del pasado, se la mira con tristeza y se

la añora melancólicamente. Las dificultades y crudezas que plantea el presente, llevan al autor a recrear, una y otra vez, aquel momento que será considerado en adelante como un pasado glorioso. Es una vuelta atrás obsesiva como forma de hallar acomodo en la realidad pero que se convierte precisamente en negación de ella.

Jorge Robledo Ortiz, tiene auditorio y lectores propios en Antioquia. En los círculos populares se le llama "el poeta de la raza". Sus poemas expresan una cierta idea del antioqueño que se ha quedado rezagada en el tiempo y paralizada en la historia. El sentimiento de crisis que se refleja en los poemas tiene un sabor catastrófico y el sentido de que todo está perdido, si lo que antes era, ya no es. Es lo que Juan Manuel Ospina(3) denomina "el chauvinismo suspirante":

"Es la caricatura chauvinista del nacionalismo, cerrada al futuro, abierta sólo al pasado idealizado que ve en la identidad cultural únicamente un medio para deificar ese pasado, identidad ya acabada que sólo debe ser reencontrada para venerarla privándola de su contenido dinámico y creador, como realidad en permanente estado de recreación y redefinición".

Con aquella posición se expresa una visión ultraconservadora y reaccionaria de la cultura y de la sociedad, que poseen ciertos sectores sociales en Antioquia, para los cuales el reconocimiento de la crisis de identidad por la cual atravesamos los antioqueños, los conduce a aferrarse a los valores del pasado antes que emprender la búsqueda de nuevas formas apoyados en la reelaboración de las formas anteriores.

Ya quedó dicho: para los antioqueños la época actual es de rompimiento con el proceso más o menos continuado y de larga duración, de conformación de una identidad. Esos valores culturales a que se ha hecho referencia y que sirvieron de soporte a toda la estructura económica y social en momentos de relativo progreso, que fueron guía y brújula, que sirvieron de explicación y justificación para la realidad vivida, que correspondían armónicamente dentro de un determinado juego de cambios de la sociedad, han dejado de tener vigencia. Atravesamos por una crisis de identidad. Ya no reconocemos nuestra imagen en el espejo.

(3) Ospina, Juan Manuel. "Transición social y culturas regionales". Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República. Vol. 21: 1, Bogotá, 1984.

Pero como las reflexiones y el pensamiento humanos son siempre posteriores a las transformaciones de la realidad, resulta obligatorio preguntarse ¿qué ha podido pasar con nosotros, qué ocurre con nuestra sociedad que las ideas que nos explicaban y orientaban en la realidad, ya no nos sirven más? Juan Manuel Ospina afirma:

“El caso más patético de lo expuesto es Antioquia, que alcanzó los mayores niveles de desarrollo social y cultural en el viejo esquema de sociedad tradicional que se urbaniza dentro de un marco cultural rural con valores fuertemente arraigados y una estructura social de disciplina en el trabajo, solidaridad social, respeto a las jerarquías y relativa movilidad interclasista, aceitado todo con un crecimiento económico aceptable que ocultaba los desajustes entre la vida social concreta y el marco cultural que la envolvía. Al entrarse el proceso económico, hace crisis el marco cultural y las energías sociales liberadas de ese encuadramiento se desbordan hacia el crimen y la insolidaridad bajo todas las formas del rebusque, que es la manifestación palpable de la pérdida de los elementos que aglutinan y le dan sentido al grupo social”(4).

O sea que habiéndose levantado nuestra identidad sobre la base de una sociedad rural y campesina, sus elementos culturales correspondían a una organización social patriarcal cuyos pilares fundamentales eran el trabajo del campo, la religión y la familia.

Las ideas, concepciones y valores emanados de esa determinada sociedad, han entrado en conflicto irremediable con la base social de tipo capitalista con mayor acento en la vida urbana, fundamentalmente diferente de la que les dio origen.

### *¿IDENTIDAD CULTURAL O ANTAGONISMOS DE CLASE?*

¿Pero qué nuevos ingredientes se encuentran en la construcción del “carácter del antioqueño” además de los que —como ya se dijo— brinda el folclor?

Los valores materiales, sociales y morales que han venido conformando nuestra identidad se encuentran en constante cambio y movimiento y tienen, a su vez, un origen histórico. Por ello, es necesario tener en cuenta las condiciones económicas y sociales que están en el origen de tales manifestaciones culturales.

(4) Juan Manuel Ospina. Op. cit.

Cada momento de nuestra historia y las formas económicas y sociales específicas producidas para enfrentarlo, han generado determinados resultados que sirven de reconocimiento para el pueblo que los ha producido. De tal modo podría comprenderse inicialmente lo que aquí se ha venido denominando *identidad cultural*. Por ejemplo, el pequeño y mediano minero de los siglos XVIII y XIX con su independencia y su incipiente mentalidad empresarial, los avances tecnológicos de la minería y su relación con una mentalidad abierta y de progreso, el pequeño productor campesino independiente de los siglos XIX y XX y su necesidad de romper marcos socio-espaciales estrechos, son aportes que épocas y generaciones de hombres han hecho para la conformación de la identidad. Cada época produce pueblos y hombres diferentes, de acuerdo con las exigencias de su momento, que tienen la posibilidad de resolver exitosamente los retos que se les plantean, y la posibilidad de desarrollar la creatividad necesaria para continuar librando la lucha por la supervivencia. El resolver acertadamente tales retos va cimentando en ellos su identidad.

Sin embargo, en la constitución de esa identidad entran en juego no únicamente las condiciones históricas reales y concretas, sino también, la interpretación, asimilación y difusión que de ellas puedan hacer las diferentes clases de la sociedad. Entendida de esta manera, la identidad cultural es también una construcción ideológica, ya que cuando se habla de fenómenos de la cultura se está haciendo referencia a elaboraciones conscientes del pensamiento, a fenómenos de la conciencia social. Pero este concepto tiene otro sentido, además de aquél inmediato de estar referido a sucesos del pensamiento y las ideas. Se trata de la necesidad que tienen los pueblos, tanto como los individuos, de dotarse de una imagen propia, de explicarse y reconocerse a sí mismos para poder sobrevivir y actuar sobre la realidad. El proceso de identificación pasa necesariamente por la elaboración de los sucesos históricos que puedan efectuar los pueblos, y las posibilidades que aquéllos tengan de asimilar los valores sobre los cuales asentar determinada imagen de sí mismos. Si se tiene en cuenta un ingrediente más, según el cual, los pueblos a que se hace referencia están divididos en clases sociales, entonces la identidad cultural como expresión ideológica, está necesariamente teñida por el carácter de las relaciones entre las clases en esa sociedad en particular.

Como manifestación de la ideología, la identidad cultural corresponde a la necesidad de la clase dominante de ordenar el mundo de acuerdo con sus intereses y racionalizar sus relaciones con las demás clases de la so-

ciudad. De esta forma puede entenderse la afirmación de Engels(5), según la cual, en toda época las ideas dominantes no han sido otras que las ideas de la clase dominante.

A continuación, un intento de ejemplificar con el caso específico de Antioquia, la conjugación entre identidad cultural e intereses de clase en dos situaciones diferentes:

En medio de una organización social tradicional, el colono y el campesino antioqueños del siglo XIX fueron hombres que desarrollaron actividades, costumbres y valores concordantes con los retos y dificultades de su momento. Sin embargo, no fueron ellos quienes elaboraron su imagen y la produjeron como elemento de identidad social.

Según Marco Palacios(6) el regionalismo que se manifestó en Antioquia desde mediados del siglo XIX puede entenderse como expresión de la hegemonía política regional de la clase dominante. La articulación ideológica, moral e intelectual y económica de la región, a través de su clase dominante, la burguesía comercial, facilitó a ésta la dirección política de la comunidad regional. Y agrega:

“Las clases dominantes de Antioquia, por ejemplo, no se espantan como las de Bogotá ante el “salvajismo” de los bailes y expresiones culturales del pueblo y por el contrario crean a partir de elementos folclóricos campesinos toda una visión del mundo antioqueño, del montañero libre, altivo, frugal y emprendedor, ejemplo de la *raza antioqueña*”. (Subrayado por él)(7).

Pero fue durante las décadas del veinte y treinta del presente siglo con el auge de empresarios e industriales enriquecidos con la acumulación realizada a través del comercio y exportación de café, cuando Antioquia alcanzó su mayor nivel de desarrollo económico y socio-cultural. Aquel fue el momento en el cual se soldó definitivamente la imagen del antioqueño y de Antioquia como unidad regional altamente valorizada y reconocida así en el resto del país. En esa imagen del antioqueño se des-

(5) Engels, Federico. El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Editorial Progres. Moscú.

(6) “La fragmentación de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica”. Rev. Mexicana de Sociología. Vol. 42: 4, 1980.

(7) Marco Palacios. Op. cit.

taca un elemento de identidad que ha constituido desde hace más de un siglo, el pegante de toda la estructura. Es la idea del antioqueño como un trabajador tenaz y eficiente, y el trabajo duro, paciente y honrado como garantía fundamental de ascenso y enriquecimiento. Es importante tener en cuenta que aquella fue una época de relativa movilidad social. Pues bien, a pesar del auge del café, los productores campesinos cafeteros estuvieron aislados de los enormes beneficios que representó el comercio realizado en gran escala. Ya Mariano Arango lo afirmaba(8), la importancia real de la pequeña y mediana producciones cafeteras para la economía antioqueña de ese momento, fue permitir que los grandes productores y comerciantes acumularan en sus manos el dinero necesario para desarrollar posteriormente las industrias. De este modo, grandes productores y comerciantes usufructuaban el trabajo campesino. El enriquecimiento fue para unos y el trabajo duro, paciente y honrado para otros.

De otro lado, la colonización antioqueña ha sido descrita tradicionalmente, aún por quienes han intentado hacer ciencia con seriedad, como un paraíso democrático donde reinaban las condiciones ideales de igualdad de oportunidades para todos los seres humanos.

En repetidas ocasiones se ha hablado de la democratización de la propiedad de la tierra como resultado de ella. Sin embargo, al retomar algunos estudios realizados en la última década (M. Arango, M. Palacios) es posible confirmar que el latifundio y las diferencias sociales, lo mismo que las luchas por la propiedad de la tierra entre colonos pobres, terratenientes y compañías colonizadoras estuvieron presentes, desde un comienzo, en las zonas de colonización. Ocuparon lugar importante en los conflictos sociales en el país hasta los años treinta de este siglo y aún estuvieron presentes en los conflictos de la violencia en los años cincuentas.

Según Virginia Gutiérrez de P.(9), la colonización antioqueña no generó servidumbre sino “una ágil dinámica de ascenso forjada en la capacidad de creación económica a través del trabajo, sin diferencias raciales”. Además, “borrando las fronteras de raza (...) todas las clases sin distinción se igualaron dentro de un mismo corpus de creencias, valores y comportamiento (...) *Como fenómeno inherente nació el control de la*

(8) Arango, Mariano. *Café e Industria*. Carlos Valencia Editores. Bogotá, 1977.

(9) *Familia y Cultura en Colombia*. Bogotá, 1963.

*sociedad extensivo a todos*". (Subrayado mío). Lo anterior, además de ser una referencia a lo que pudo significar la colonización en el proceso de identidad cultural en Antioquia es un intento por borrar del pasado los antagonismos de clase. Del mismo modo, interpretaciones de la colonización antioqueña que se han encargado de despojar de su contexto económico e histórico a la sociedad que la produjo y mitificarla, han servido para aparatar un cúmulo de ideas racistas que hablan de colonos y campesinos como héroes origen de una raza, la "raza antioqueña". Y no contentos con considerarla especial, le han añadido tintes de superioridad. El regionalismo exagerado que han esgrimido los antioqueños en ocasiones, se ha basado en la idea de ser "los más", para competir con los pobladores de las demás regiones del país, posición que expresa un provincialismo chato.

Manifestaciones de lo anterior, pueden encontrarse aún hoy, en corporaciones que se han propuesto velar por el desarrollo de Antioquia, para las cuales los problemas de Oriente, por ejemplo, podrían comenzar a resolverse produciendo "mejoras" en el tipo genético de la población. De modo que también ideologías racistas han intentado nutrir nuestra identidad cultural.

#### PARA FINALIZAR

A estas alturas, tal vez sea necesario afirmar que la intención al escribir estas líneas no es, en ningún momento, desconocer las diferencias entre regiones existentes en nuestro país, sino por el contrario, declarar que hay una base natural, histórica y social para cimentar condiciones y desarrollo culturales diferentes.

Imposible dejar de traer a cuento ahora, una hermosa página de Eduardo Caballero Calderón(10):

"...es que el colombiano como tipo genérico no existe. No existe como expresión de una raza, ni de una tradición común, ni de una misma cultura. Colombia es el negro que descarga un vapor de rueda en el río Magdalena; el mulato que se enriquece llevando contrabando de las islas del mar Caribe a las ciudades de la costa Atlántica; el indio que cava las lomas que circundan los idílicos va-

(10) Caballero Calderón, Eduardo. Los Campesinos. Bogotá. Instituto Colombiano de Cultura, 1974.

lles de Pasto y Túquerres; el mestizo de Boyacá que labra las friolentas colinas de Runta o de Tota con un arado de chuzo; el blanco de Cartagena de Indias, o de Medellín, o de Bucaramanga, o de Bogotá, etc. No existe racialmente el colombiano. La tradición tampoco es la misma para el descendiente de encomenderos rapaces, que para el nieto de esclavos o el retoño tardío de criaturas que se cristalizaron espiritualmente en la campana neumática de los resguardos de indios. El uno tiene detrás de sí la insolencia de casta, el otro el rencor racial, y el último el resentimiento taimado. Tampoco existe un común denominador de cultura, es decir, conceptos fundamentales sobre la vida y el hombre, y es fácil demostrar, por las diferencias que van de un currulao a un porro y de una guabina a una cumbia, que entre nosotros no hay unidad de estilo. En algunas ciudades se vive en pleno siglo XX, cuando en los campos aledaños se arrastra una existencia que no ha variado esencialmente desde el siglo XV. Todos somos colombianos, sólo que nadie en este país es colombiano puro. (...) Colombiano es el apellido que llevamos todos; pero el nombre, que es lo que nos identifica y distingue a unos hermanos de otros, es boyacense, antioqueño, tolimense, costeño, etc.''

Tampoco se trata de afirmar la existencia de una identidad regional exenta de las contaminaciones de las diferencias sociales y los intereses de clase. Entre ambos se da un entramado que hace de éste un asunto de mucha mayor complejidad de la que aparece en la obra de Jorge Robledo Ortiz o en el folclor antioqueño. Estudiar el folclor o cualquiera otra manifestación de la cultura donde se recreen las formas y se expresen las apariencias externas e inmediatas de la misma, puede ser un método para ingresar en su conocimiento. Sin olvidar que la apariencia de los fenómenos manifiesta su esencia pero al mismo tiempo la encubre y la oculta.